

*
* *

Mi buen amigo F... Recaudador de impuestos, gastrónomo y anticuario, se obstinaba en buscar la cocina y quería á toda costa que el canónigo le hablase algo de ellas. Había encontrado en el Registro de gastos de los Acaia, editado por el bravo conde Sarraceno, que la cocina estaba contigua al locutorio, *camera parlatorii*, del Príncipe: lo cual dá una idea de la extraña manera de estar distribuidas las piezas del Palacio. Y nos divertía mucho recreándonos á cada paso con informes culinarios sacados del latin espantable de las cuentas de tesorería.

En sus correrías por el Piamonte, que eran frecuentes, los Príncipes recibían regalos de los abades, de los nobles y aun de la gente del pueblo y de los pobres diablos: cincuenta fanegas de avena, una cántara de vino, doce carneros, un buey, cuatro cerdos: no desdñaban nada. Así, pues, volvíanse á casa con *caponibus pinguibus et grossis*, y alguna vez, con un cesto de *triffolarum*, de las mejo-

res, probablemente de aquellas blancas de la tierra de Monferrato.

Parece que tenían especial predileccion por los pescados, pues poseían pesca abundante en muchos lagos de su propiedad exclusiva; de estos lagos y de los regalos de pescado que recibían en especie de los marqueses de Saluzzo, se hace mencion frecuente en el Registro.

Iban, á menudo, á comer fuera de casa con toda la familia, prelados y señores; y algunas veces con hermanos menores de San Francisco, siendo de cuenta de aquellos todo el gasto, excepcion hecha de los berros y la ensalada, que hacían los susodichos hermanos á sus espensas, créese que hasta con el condimento.

Frecuentemente tambien, invitaban al Palacio, capitanes, nobles, curas, embajadores de pequeños estados, ciudadanos notables. Trataban á sus súbditos, segun parece, muy familiarmente. Los conocian á todos: daban audiencia al primero que llegaba: vivían con sencillez casera, sin misterios.

No parece que hacían gran ostentacion de lujo. No se encuentran registrados más que escasísimas partidas por trabajos de pintura que se ejecutaban sobre pergamino, en Biblias ó Salterios y en las sala donde recibian.

Eran muy fáciles de contentar en materia de médicos. A menudo se hacían curar por el veterinario. enfermedades cutáneas poco aseadas, ó sangrar, *fibrotomare*, como dice elegantemente el clérigo cronista, de *quibusdam barbitonsoribus*.

No derrochaban los ochavos más que en juegos y fruslerías; este era su lado débil. Es interminable la lista de los regalos y presentes hechos á los juglares, cantantes, tañedores de guitarra, á los tiradores de esgrima, á los amaestradores de perros, á los acróbatas que daban el *saltum periculosum*, algunas veces en público, pero generalmente en las salas del Palacio.

Uno de sus caprichos consistía en tener constantemente, monos en casa. También tuvieron durante algún tiempo un leopardo con collar de plata y con el respectivo *magistro*, objeto, á lo que parece, de tíernisimos cuidados.

Por lo demás, encontrábanse á menudo en la estrechez, obligados á vender el oro y las joyas que habían recibido como presentes de los Príncipes. Riquísimos no podían serlo ciertamente, á pesar de todos los tributos que recibían y de todos sus derechos sobre pastos y aguas, porque ni la tierra ni el pueblo, desolados por una ladronera de soldados que hacían de la guerra un pillaje, podían darles gran cosa, ni ellos mismos apretaban mucho la mano.

—Se ingeniaban como podían—decía el recaudador con una sonrisa de hombre experimentado en la materia. El Príncipe, por ejemplo, nunca desempeñaba gratis su oficio de Juez Supremo: el vencedor en el pleito le hacía espontáneamente, ó por mejor decir, con espontaneidad obligatoria, un regalo en contante. Luego, la justicia criminal era una verdadera fuente de dinero. Las cabezas ligeras y los bribones formaban, una renta para la córte.

A quien se aprehendía paseando por Pinarolium, ó Pignerolium, ó Pineyrolium, sin llevar linterna, despues del último toque de campana, el que jugaba á juegos prohibidos, *ad taxillos*, por ejemplo, quien llevaba cuchil'o demasiado grande, el que hacía granizar sobre la ciudad por arte de nigromancia, quien tenía ó intentaba *habere rem cum quadam filia* de edad muy verde, ó el que desertaba de las banderas, y aún los que amenazaban al prójimo, fácilmente se libraban de la cárcel ó del verdugo, vaciando su bolsa, si la tenían, en el bolsillo del amado soberano. Y en estos casos, naturalmente, quien más tenía era el que perdía más.

Un infeliz canónigo de San Donato, más adinerado que continente, por haber intentado precisamente *habere rem* con una parroquiana, demasiado moza, solamente *intentado*, fué reducido derechamente á

trabajo forzado. Por el contrario, un carpintero que había reventado á un cristiano, se le tenía rechazando el techo de una torre del castillo de Moncalieri á expensas propias.

—Costaba caro, como veis.—Concluyó el recaudador bajando la voz.—Era un negocio sério *habere rem...* bajo los Príncipes de Acaia.

*
*
*

Habíamos quedado en el segundo piso, me parece...

En el tercero no hay que ver más que el cuartito de estudio del Director, el cual, sin tener una gran biblioteca, posee sin duda muchos más libros que en ciento veinte años habían leído los cuatro Príncipes de la casa de Acaia juntos.

Alrededor de este último piso, parece que corría una galería sobre la cual se elevaban almenas semejantes á las de los otros muros.

Las Princesas probablemente pasaban allí las tardes gozando el aire de los montes con sus hijos; allí, sin duda, bordaron los primeros trajes de tornco, fantaseando sobre su propio porvenir, Margarita, la pequeña hija de Isabel; la niña Leonor; Alesia, la de enscitijados bucles y Melchide, la futura esposa del Elector de Baviera.

Desde aquella gran altura, casi perdida en el

azul, veían allá abajo, á pocos pasos, la hermosa iglesia de San Francisco, donde reposan sus padres y hermanos, y de la cual no quedan señales; y alrededor, Pinerolo, con sus almenados muros y sus puentes levadizos y el vaiven de los centinelas sobre las mesetas de las torres, retratada su imágen en el agua inmóvil de los fosos.

De una sola ojeada, podían abarcar casi entero el Piamonte, centenares de aldeas y fortalezas, sugetas á ellos, á sus amigos ó á sus enemigos, y una maravillosa llanura que vió veinticuatro guerras durante el reinado de cuatro Príncipes, en cuya llanura, millares de millares de árboles corren en larguísima fila hácia los santuarios que blanquean como copos de nieve sobre la cima de las colinas, se aprietan, como ejércitos en masas profundas, se abren alrededor de innumerables cuadros color de malaquita claro, semejantes á campos cerrados, preparados para la liza, acuden en procesiones interminables hácia la ciudad, serpentean á lo largo de los ríos y de los torrentes, precipítanse á legiones por las pendientes, se cruzan en todas direcciones y llenan las hondonadas lejanas de vastas hordas confusas, presentando innumerables tonos

y contrastes de verde fuerte y dulce, hasta que el color de la vegetacion cambia en azul violento, despues degrada en azul pálido, cortado por una línea inmensa y recta, como el horizonte del mar.



Descendimos poco á poco, como si á fuerza de meter la vista por todos los agujeros, debiéramos descubrir, al menos, algun viejísimo siervo empapelado y olvidado de la muerte, por el cual se pudiera averiguar alguna cosa.

Cada cual ponía con la imaginación sus personajes predilectos de la casa de Acaia en los ángulos del palacio y en los trajes que le parecían más propios para dar vida á su larva.

Un amigo mío, al contrario, pensaba su cerebro para comprender dónde hubiera podido *alojar* á Luisa de Villars, en Diciembre de 1362, mientras estaba ya en casa la tercera esposa de Jacobo; cuestión gravísima para un historiador ó para el dueño de una fonda.

Los muchachos se aburrían. Uno de ellos preguntó tímidamente:

—Pero... ¿dónde están esos Príncipes de Acaia?

La más excitada era una señorita, que pensa-

ba con un sentimiento vivo de ternura que el pobre Felipe el Desheredado, debía haber paseado por muchas y muchas horas bajo aquel pórtico, con la cabeza baja y los brazos cruzados sobre el pecho en los días en que empezaba á presentir su desgracia. Felipe era su simpatía.

—Es vergonzoso—decía con calor,—que ningún historiador de la casa de Saboya haya dicho una palabra valiente y generosa en su defensa.

—¡Vamos!—le repuso el amigo del *alojamiento*,—hizo guerra de bandido.

La señorita replicó:

—¿Y quién no hubiera hecho el bandido?

—No, verdaderamente, no era justo. No era solo la conciencia de su derecho de primogénito que le hacía intolerable ver destinada la herencia de su padre al hijo de la madrastra. Era también el recuerdo de haber sido investido á los siete años de todos los dominios que le esperaban, de *omnibus civitatibus et burgis*, y de haber recibido el homenaje solemne de sus futuros vasallos, *in logiam sumiarum*, junto á la gran torre redonda del Campamento de Pinerolo.

Hacía quince años que él estaba seguro de suceder á su padre, cuando vió entrar en casa á la bella Margarita de Beaujeu, y nacer un niño, en el que,

la índole ambiciosa y dominante de la madre, le hizo ver desde luego un rival.

El ascendiente siempre en aumento que la hermosa mujer iba tomando sobre el marido débil y enamorado, le confirmó poco á poco en su sospecha. Su ánimo se enardece. Creciendo la desconfianza, disminuye el respeto y la frialdad del padre resentido, empeora la situación.

Entonces le habla de sus derechos, hace resonar sus irritados pasos por las salas del castillo, que ya no era suyo, y mira con ojos lleno de odio á aquella mujer astuta é intrigante, cuyo único pensamiento era su ruina.

Desde aquel momento ya no duda. Le será arrojada la limosna de cuatro casas y de cuatro campos para que apure la vergüenza del vasallaje, frente al fruto del amor senil de su padre.

El único que podía protegerle, Amadeo de Saboya, lo condena y quiere que sacrifique la esperanza de su vida á la concordia de la familia. Por eso cuando se vió delante del conde Verde, aquel rostro valeroso le conforta, aquella palabra noble y serena le persuade: dos veces, conmovido, renuncia generosamente á sus propios derechos. Pero cuando regresa á la casa paterna, cuando vuelve á encontrar la mirada fria de los azules ojos de aquella

madre egoísta y escucha de nuevo la voz de aquel muchacho, nacido para su desventura y vergüenza, y se entera del testamento que lo despoja para siempre de sus bienes, aun en caso de muerte del usurpador, la injusticia entonces revuelve el odio en su corazón, la ira circula por sus arterias en oleadas de fuego y le pone en sus manos la bandera de la revolución.

Amadeo había partido para Oriente; el pueblo, libre de su temor, recordando los vasallos su antiguo juramento, se levantaron en favor del desheredado.

Ahora bien; si todo le hubiera salido con felicidad faltándole ocasiones para la violencia y la venganza, la historia hubiera dicho de él:

—¡Tenía razón!

Pero no se levanta un brazo de su tierra, ni una voz responde á su grito entre aquella gente degradada, en que el hábito de la obediencia brutal es más fuerte que el sentimiento de la justicia.

Desesperado por el desengaño, se encoleriza entonces contra los protectores sin conciencia, contra los cómplices miedosos de aquel despojo de principados, que con lascivo abrazo sofocaron en el alma de su padre los primeros efectos y el respeto á las promesas solemnes.

Sanguinario, ahullando bajo las espadas y en me-

dio de los rostros incendiarios de sus ingleses y alemanes asalariados, aquella estúpida confusión, le hace sordo á la voz del derecho y de la razón.

De Barge á Chieri, de Costigliole á Turin, pasea como huracán, furioso, delirante, más no culpable de todas las violencias de su turba feroz, echándose atrás y aterrorizado de su propia obra.

Cuando Jacobo huyó á Pavía, una esperanza, tal vez el arrepentimiento, lo empujó hácia él: corre á Pavía, obtiene el perdón, conduce al padre á su ciudad y lo rodea de afectos y cuidados. Pero el padre muere sin escucharlo.

Una nueva esperanza brilla á la vuelta de Amadeo, de Constantinopla; pero el conde de Saboya proclama solemnemente la sucesión del muchacho y la regencia de la madrastra.

Todo había concluido. Abandonado de los Príncipes á quienes recurre, rechazado por su pueblo, receloso de sus mercenarios, ¿qué provecho sacaría de recoger el guante de desafío que le arrojaba el implacable Amadeo llamándole traidor y rebelde para que juegue con él la vida ante la corte del emperador? No es solo el pensamiento de la vanidad de la prueba lo que detiene su espada; es un resto de la antigua veneración por el cabeza de su estirpe, y un sen-

timiento nuevo de admiración por el héroe de Oriente saludado por el aplauso del mundo.

La lucha no era posible. Preso en Fossano, celebra un pacto y con un salvo-conducto del caballeroso vencedor, llega á Rívoli sin temor alguno. Un consejo de jurisconsultos decidirá entre él y Margarita. ¡Ah! No se ha perdido todo.

Pero ¿qué? En Rívoli, ante el Conde de Saboya, se encuentra frente á la odiada madrastra que le acusa por la devastación y la sangre vertida. En vano invoca el poder de su salvo-conducto. Mientras el consejo delibera sobre la sucesión, otro consejo le forma proceso criminal. No pudo contestar á la acusación. Sí, con efecto: se ha rebelado, ha incendiado, ha derramado sangre...

Entonces, en la mirada del Conde de Saboya, en el acento de los comisarios, en el gesto de sus guardianes, adivina una tremenda sentencia. Un sentimiento mixto de remordimiento y de piedad de sí mismo, le oprime el alma, siente extinguirse su valor, invoca la misericordia de sus señores... ¿Qué fué de aquel desgraciado?

El 13 de Octubre de 1368 fué interrogado otra vez por sus jueces en la prisión de Avigliana. Después no se supo nada. ¿Fué muerto? Pero no hay indicio de una condena de muerte pronunciada contra

él. ¿Se suicidó? ¿Cómo no se sabe? De estas dos suposiciones, la primera es mucho más racional. ¡Ahl! ¡Pero es doloroso... repugna echar una mancha de sangre, sobre la gloriosa divisa verde de Amadeo.

*
* *

Tales, poco más ó ménos, debian ser los pensamientos abrigados por la señorita, mientras bajábamos al jardín, porque sus bellos ojos verdes, brillaban como esmeraldas húmedas y su nariz delicada, vibraba como sonrosadas alas de mariposa.

El jardín, ancho y apiñado, encerrado entre cuatro paredes, es un melancólico huerto de convento, hecho mejor para inspirar actos de contrición que para cometer pecados.

Es increíble que aquello fuese todo el jardín de la córte; debía bajar por la colina en forma de grada y extenderse mucho más al otro lado de los muros.

Desde allí abajo, el palacio antiguo de los Acaia, tan alto destacándose en el áncho azul, con sus almenas, sus arcadas ventanas, sus galerías abiertas, su torre redonda y ligera, debía ofrecer un aspecto pintoresco, ó por lo ménos curioso.

Y también en el jardín se nos apareció Felipe, el

protagonista del día. No hubo remedio. La poética señorita se conmovía de nuevo, pensando en sus amores de niño. ¡Ah! ¡Un encantador idilio, que recomiendo á mi buen Marengo, para la niña Cunnibertil! ¿Qué argumento más gracioso que las aventuras de dos esposos de siete años?

No los tenía todavía Felipe cuando su padre, con el fin de ganar la amistad del Conde de Ginebra, el cual, como tutor de Amadeo VI, podía ayudarle cerca de la Corte de Saboya, concertó el matrimonio del Principito con María, hija del Conde, nacida de Matilde de Bolonia.

Libre el muchacho, con el consentimiento de papá, de los vínculos de la autoridad paterna y proclamado heredero de los dominios de aquél, se estipuló el matrimonio en forma solemne, ante muchos personajes eclesiásticos y seglares, fijándose una dote de quince mil florines de oro.

Las promesas se hicieron en 1346. Al año siguiente estuvo en Italia la esposa. Felipe había cumplido los siete años; la esposa podía tener de ocho á diez. Ella llevaba consigo un cofrecito lleno de joyas que su padre confió al Abad de San Miguel de la Chiusa para que lo entregase á los esposos cuando el matrimonio se hubiera consumado, ó lo restituyese á la familia, caso de

que el matrimonio se deshiciera. Como los pequeños esposos, no estaban todavía en edad de consumir más que los confites, fueron celebrados mientras tanto los esponsales; y la niña que dó en la corte de los Acaia esperando sus años de amor.

¿Cómo pasarían aquel tiempo los dos muchachos? Puede creerse que sin mucha impaciencia. Y nadie les vigilaría seguramente. Mil veces habrán recorrido los senderos del jardín. Ella hablaría del milagroso cofrecillo del Abad; él de los hermosos potros que haría caracolear por el camino de Pinerolo, dentro de pocos años.

Sibila del Balzo, que era todavía jóven, haría de mamá á la pequeña nuera. Besos inocentes en el cuello, estamparía Felipe á su ginebrina, alguna vez, en medio de los rosales. ¿Se querían? ¿Habrán reñido? ¿Cuántos alegres pronósticos harían los vasallos humildes y las damas adulatoras!

Amadeo VI crecía; en 1347 salía de pupilo. ¿A qué podía ayudar el conde de Ginebra, cayendo de su oficio de tutor? ¿Y en este caso, para qué el matrimonio? Con un rasgo de pluma todo quedó roto. La pobre esposa fué declarada libre de sus promesas. Le hicieron un lío de sus juguetes, le pusieron en las manos la cajita de sus galas y

la enviaron de nuevo á sus papás... como había venido.

Las crónicas no dicen si los muchachos sollozaron al separarse, y maldijeron la *inícuo razon de Estado*. Tal vez se separaron con una sonrisa. Mas, ¡quién sabe si muchos años despues, cuando era esposa de Juan de Chalon, señor de Arlay, la jóven señora, al oir el fin desgraciado de Felipe de Acaia, no pensó con ternura en su pequeño novio de otro tiempo, y dejó caer una lágrima sobre aquella dulce memorial!

*
* *
*

Lo habíamos visitado todo é íbamos á salir, cuando se entabló una viva discusion entre la señorita y el recaudador acerca de la bondad de los Príncipes de Acaia. El recaudador ponía un poco de malignidad en sus palabras, procurando que estas fueran resonantes.

—En fin—decía,—habrán sido buenos; pero lo positivo es, que en el registro de sus cuentas, se halla consignada de vez en cuando cierta suma para la adquisicion de cuerda nueva, *pro magna corda de nouo*, que indudablemente no serviría para hacer columpios. Es verdad que se perdonaban muchos delitos... por dinero. Pero cuando los culpables estaban arruinados, los hacían torturar y ahorcar de *bon cuer*, como escribe el buen Amadeo con ortografía principesca. Uno tenía la *auriculam incisam*, otro la nariz *deputatum*, un tercero la frente señalada con el *ferro cálido*, el cuarto, los *oculos decrepatos*; mujer había que era com-

busta nada ménos; un viejo, ahogado como un perro; otro, *rabellatus*, arrastrado á la horca con una cuerda atada á la cola de un asno comprado á un hebreo. Y por *parua furta*, se contentaban con levantarle la piel á vergazos. ¿Os parece que esto sea bondad, señorita? ¿Y aquella otra bribonada de tener en rehenes, años y años, en oscura torre, pobres muchachos que salían medio muertos? ¿Por qué no hacían lo indecible por librarles aquellas dulces Princesas?

Y bien; la señorita, hubiera hecho los imposibles podíamos estar seguros; pero aquello de hacer cargo á los Príncipes de las atrocidades de la justicia penal, que era monstruosamente atroz en todas partes por aquellos tiempos, la hacía levantar los hombros ligeramente. Conocía también ella el código famoso, y sabía que la bondad de los Acaia se podía demostrar con otras pruebas. Era preciso ver, por ejemplo, de qué manera castigaban las culpas que ofendían solamente á sus personas. Un Barnabó no se hubiera contentado con hacer pagar una pequeña multa á quien hubiese hablado en público *contra su honor*; Galeazzo, hubiera pedido alguna cosa más que pocos florines contra quien hubiera derribado en la iglesia el sitio de una princesa, la víspera de su santo;

ni otros Príncipes de aquel tiempo, pagaban á la gente pobre, como acostumbraban los Acaia, el daño causado por sus perros y susalcones, ¡seguramente no!

—Vamos, os concedo esto,—repuso el recaudador,—pero no podreis negar que aquello de hacer dormir á las Princesas sobre la paja, era una verdadera barbarie.

Todos dijeron en voz baja que era un calumniador. Pero él adujo la prueba: una suma registrada en las cuentas *pro precio unius charrate pollearum pro lectis faciendis pro adventu domicelle Bone*. Bona, princesita, hija de Amadeo...

—Dormirían todos sobre la paja,—observó la señorita.

¡Cál!—repuso el otro triunfante,—el *dóminus* dormía sobre lana. Aquí está registrado: *Lanam materacii ad opus domino*. ¡Qué venís á contarme!

Y soltó todo el mundo la carcajada y la discusión terminó buenamente de este modo, como no suelen acabar las discusiones con los recaudadores de contribuciones.



A fuerza de recordar y fantasear, salimos, por fin, todos del palacio, con la grata ilusion de haber visto mil maravillas. ¡Hermosa facultad la de alucinarse voluntariamente! En este punto, yo podria dar quin-ce y raya á aquel apreciable Sr. Joyeuse del *Nabab*, que cuando iba por las mañanas á la oficina se representaba tan al vivo la accion del Director, que le daba una gratificacion de mil francos, y veía tan claramente su billetito blanco con dibujos azules, que llegando al Banco, permanecía toda la mañana sorprendido y malhumorado por no recibir siquiera un cuarto.

Yo tambien, volviendo hácia la villa Acusani, me representaba, y aun puedo añadir que ví realmente una cosa extraña. Me encontraba sobre una alta ga-leria del palacio Acaja, y ví aparecer de repente y junto á mí á los cuatro Príncipes muertos, de pié, secos, dentro de sus carcomidas armaduras, con los rostros escuálidos y los ojos horriblemente hundidos

bajo la frente que mostraba el hueso desnudo. Se restregaron los caidos párpados, como si despertaran de profundo sueño y tomaron una espresion de indescriptible estupor, reconociendo poco á poco la inmensa llanura y los lugares vecinos y leja-nos donde habian combatido durante su vida mor-tal. Vefanse pasar en sus miradas lentas, mil cu-riósidades, mil inquietudes, como si se pregunta-ran á sí mismos:

—¿Qué fué de nuestra sangre? ¿Dónde están nues-tros enemigos? ¿Qué ha sido de los Marqueses de Saluzzo y de Monferrato? ¿Y las Repúblicas de Aisti y de Chieri? ¿Y el Rey de Sicilia? ¿Y los señores de Milan?

—¡Príncipes! — grité yo entonces, y las cuatro cabezas se volvieron. — ¡Ya no existen los Mar-queses de Saluzzo, ya no viven los Marqueses de Monferrato, ya han desaparecido las Repúblicas de Aisti y de Chieri, ya no hay dominios pia-monteses ni de los Reyes de Sicilia y de Viscon-til! Hasta donde vuestra mirada alcanza, ondea la insignia de vuestra familia, brilla la cruz blanca de Pedro II, vuestro progenitor de Saboya.

Sus ojos cavernosos se dilataron; brilló en ellos un relámpago y los fijaron profundamente en los míos.

—¡Príncipes!—proseguí.—Lo que apenas habreis osado ambicionar en secreto, en los sueños más audaces de vuestra juventud; toda la bella costa de Poniente, la tierra de Gonzaga, las posesiones de los Scaligeros, los dominios de los Estensi y las cuarenta y dos ciudades de Gian Galeazzo, han sido recogidas bajo el cetro de vuestro sobrino y glorifican el nombre de vuestra stirpe. ¡Escuchadme!—grité reprimiendo con el gesto un movimiento impetuoso para echarme hácia atrás.—Lo que no soñasteis un instante, ni siquiera en los más fébriles delirios de vuestra ambicion, en los días de batalla y de triunfo, la ciudad poderosa y soberbia que llevaba el terror entre los sarracenos, y que saludabais con reverencia, levando anclas para el mar de Liguria á intentar la conquista de vuestro Principado de Grecia, y aquella, más formidable y más hella señora del mar Adriático; que hubiera podido cubrir vuestros dominios con las velas extendidas de sus navíos; y la que, llena de oro y de gloria admirabais de léjos como un inmenso resplandor en el horizonte, y de la cual llegaron á vosotros, como ecos de un nuevo mundo, los nombres inmortales de Giotto y del Dante, se han reunido bajo el reinado de vuestra sangre y llevan en la

misma bandera la cruz blanca de vuestra casa. ¡Escuchadme todavía!—grité con toda la fuerza de mis pulmones, sofocando una estentórea voz, que estaba á punto de escaparse de aquellas cuatro bocas abiertas y convulsas.—Imaginaos realizado el sueño de un loco, iniciada la edad de los prodigios, perturbadas las leyes del mundo, todas las tierras sugetas al Vicario de Cristo, desde Radicófani á Ceprano, la Emilia, las posesiones de la Duquesa Matilde, Speleto, todo cuanto fué entregado por el Rey ó el pueblo á San Pedro ó sus sucesores; el vasto paraíso sobre el cual ondeó por tantos años el temido estandarte de la Casa de Anjou; toda la tierra espléndida y fabulosa que cayó bajo la espada de Aragon; todo, todo desde un extremo á otro de la Península enorme, poblada por miles de ciudadanos, armada de un millón de espadas; todo reconoce y se inclina ante un Rey solo, ¡Humberto de Saboya!

A estas últimas palabras los cuatro Príncipes de Acaia permanecieron un momento inmóviles y mudos, volviendo alrededor sus grandes ojos insensatos; luego, vacilaron como heridos por una maza de hierro sobre el cráneo y cayeron confundidos en la oscuridad del sepulcro.

